

La concepción inmovilista de la tradición en Pascal

The concept of tradition immobile in Pascal

Carlos Daniel Lasa

Universidad Nacional de Villa María – CONICET
cdlasaga@gmail.com

Resumen

El presente trabajo indaga la contraposición de dos concepciones de tradición en el pensamiento de Blaise Pascal: una que es propia del conocimiento científico y otra que pertenece a los conocimientos fundados en la autoridad, sobretodo, el conocimiento teológico.

La tradición científica es esencialmente **dinámica**; la tradición teológica es, por el contrario, **estática**. De esta concepción estática se seguirá el planteamiento de una dialéctica *aut-aut* entre libertad y tradición, entre libertad y autoridad.

Una muestra de ello es la tesis de Benedetto Croce cuando afirma la existencia de dos religiones: la religión de la libertad, representada por el pensamiento laico, y la religión de la Iglesia Católica, opuesta a toda libertad.

Esta dialéctica opositiva entre libertad y tradición sólo puede ser superada a partir de una concepción dinámica de la tradición que afirme la evolución homogénea de la misma.

Palabras claves: Pascal – tradición – libertad – evolución

Abstract

This paper investigates the contrast between two conceptions of tradition that can be identified in the thought of Blaise Pascal: one referred to the scientific knowledge and the other one that belongs to those knowledges based on authority (i.e., theological knowledge).

The scientific tradition is essentially dynamic; theological tradition is, however, static. The consequence of this static conception will be a dialectical approach *aut-aut* between liberty and tradition, freedom and authority.

An example of the previous point is Benedetto Croce's idea that introduce the existence of two religions: the religion of freedom represented by a secular thought, and Roman Catholic Church's religion, opposed to all forms of freedom.

This oppositional dialectic between freedom and tradition can only be overcome from a dynamic conception of tradition that affirms its homogeneous evolution.

Key words: Pascal - Tradition - Freedom - Evolution

El creyente católico Blaise Pascal, en los *Pensamientos*¹ advierte que su tiempo ha dejado de escuchar la voz de la tradición la cual es, a su juicio, la verdadera fuente de la verdad. Observa Pascal, en la *Décima Carta Provincial*², que la teología de su tiempo, identificada con la de los jesuitas, se yergue contra la tradición. En la Duodécima Carta, califica a la teología de la Compañía de Jesús como **acomodaticia** y refiere:

[...] entonces el mismo interés de vuestra Sociedad os obliga a desautorizar unas reglas que os perjudican ante el mundo; y de esta suerte los reconocéis o los desautorizáis, no según la verdad, que no cambiará jamás, sino según los diversos cambios de los tiempos, de acuerdo con estas palabras de un autor de la antigüedad: *Omnia pro tempore, nihil pro veritate*.³

Y con anterioridad, en la tercera Carta, había señalado que las artimañas de los molinistas han hecho tan prodigiosos cambios en la Iglesia que

[...] lo que es católico en los Padres se vuelve herético en Monsieur Arnauld; que lo que era herético en los semipelagianos se vuelve ortodoxo en los escritos de los jesuitas; que la doctrina, tan antigua, de San Agustín, es una novedad intolerable, y que las invenciones nuevas que se fabrican todos los días ante nuestros ojos pasan por ser la antigua fe de la Iglesia.⁴

La tradición tiene, para Pascal, un valor fundamental por cuanto la misma nos asegura la verdadera fe. Pascal, abre su escrito sobre el vacío, estableciendo una distinción entre autoridad y razonamiento. Todo conocimiento sostenido por autoridad, nos advierte, depende de la memoria y es meramente histórico ya que se trata de saber lo que escribieron otros autores⁵. En cambio, el razonamiento tiene por objeto buscar y descubrir verdades ocultas y, por medio de él, se llegan a alcanzar conocimientos dogmáticos.

¹ Cf. Pascal, B. (1963). *Oeuvres complètes. Pensées*. Préface d'Henri Gouhier. Présentation et notes de Louis Lafuma. Paris: Éditions du Seuil, (865-832), 613.

² Ibid. Dixième lettre écrite a un provincial. 418-419.

³ Ibid. Douzième lettre écrite par l'auteur des lettres au provincial aux révérends pères jésuites. 426.

⁴ Ibid. Troisième lettre écrite a un provincial pour servir de réponse a la précédente. 382.

⁵ Cf. Ibid. Préface sur le Traité du vide. 230.

Ahora bien, las disciplinas que indagan lo que otros han escrito son la historia, la geografía, la jurisprudencia, las lenguas y, sobre todo, la teología⁶. Todas estas disciplinas tienen por principio el simple hecho o la institución divino o humana. De allí la necesidad de recurrir a sus libros. Para Pascal, no resulta posible **añadir nada** a lo que estos libros transmiten.

En lo que respecta a la teología, la autoridad resulta, para Pascal, ser central por cuanto la misma es inseparable de la verdad y solamente por la autoridad divina conocemos la verdad. Señala Pascal que las cosas más incomprensibles para la razón están en la Sagrada Escritura y que los principios de la teología “están por encima de la naturaleza y de la razón”; y, “como el espíritu del hombre es demasiado débil para alcanzarlos por sus propios esfuerzos, no puede llegar a esas altas comprensiones si no es llevado a ellas por una fuerza omnipotente y sobrenatural”.⁷

Esta autoridad resulta totalmente inútil en aquellas materias que caen “bajo el juicio o el razonamiento”⁸ a las cuales sólo la razón puede comprender. Dentro de este dominio de la razón la libertad se puede ejercer en plenitud y, por eso, nos dice el mismo Pascal, es en este ámbito en donde se registran los fenómenos de creatividad, movimiento y avance. Refiere Pascal:

Pero como en los asuntos de esta clase (se refiere a las materias considerados por la razón) guardan proporción con el alcance de la mente, ésta encuentra una libertad total para extenderse sobre ellos; su fecundidad inagotable crea continuamente [...].⁹

Las ciencias que consideran estas materias son la geometría, la aritmética, la música, la física, la medicina, la arquitectura y todas aquellas otras ciencias que están sometidas a la experiencia y al razonamiento. Dentro del dominio de estas ciencias se registra la ley del crecimiento. Señala Pascal refiriéndose a la mismas:

Los antiguos las encontraron solamente esbozadas por lo que les precedieron; y nosotros se las legaremos a los que nos sigan en un estado más perfecto que aquel en que las hemos recibido. Como su perfección depende del tiempo y del esfuerzo, es evidente que aunque nuestro tiempo y nuestro esfuerzo nos habrían

⁶ Cf. Idem.

⁷ Idem.

⁸ Idem.

⁹ Idem.

producido menos que sus esfuerzos separados de los nuestros, los dos juntos, sin embargo, deben tener más eficacia que cada uno en particular.¹⁰

El razonamiento, que se mueve con total libertad en las ciencias que comienzan a forjarse a partir de la experiencia, resulta altamente peligroso en el ámbito de la teología. A Pascal le inspiran horror la maldad de aquellos “que emplean el mero razonamiento en la teología, en vez de la autoridad de la Escritura y de los Padres de la Iglesia. A todos aquellos que crean novedades en teología los califica de temerarios”¹¹. Y añade:

“... la desgracia del siglo es tal que vemos muchas opiniones nuevas en teología, desconocidas de toda la antigüedad, defendidas con firmeza y aceptadas con aplauso...”¹²

El verbo descubrir sólo puede aplicarse, en el ámbito del conocimiento, a aquellas ciencias que se ocupan de indagar en los secretos de la naturaleza que permanecen ocultos. Esto no equivale a afirmar que la naturaleza es cambiante ya que, para Pascal, siempre permanece idéntica a sí misma, sino que la misma no es siempre igualmente conocida. De allí que todos los conocimientos anteriores deben ser perfeccionados y tomados como peldaños para alcanzar instancias de un conocimiento más pleno.

La tradición cristiana, es para Pascal, prácticamente una con la enseñanza de los Padres de la Iglesia. Y toda la acusación contra el pensamiento jesuita, y así lo expresa explícitamente en la *Sexta Carta Provincial*¹³, se funda, precisamente, en que el pensamiento de estos últimos no abreva en los escritos de los Padres de la Iglesia. De allí que, para Pascal, la teología de su tiempo sea cultivada a espaldas de la tradición.

De suerte que toda la sucesión de los hombres en el transcurso de tantos siglos debe ser considerada como un mismo hombre que subsiste siempre y que aprende incesantemente, lo que nos hace ver con cuánta injusticia respetamos a la antigüedad en los filósofos.¹⁴

Y continúa:

¹⁰ Ibid. Préface sur le Traité du vide. 231.

¹¹ Idem.

¹² Idem.

¹³ Ibid. Sixième lettre écrite a un provincial. 396.

¹⁴ Ibid. Préface sur le Traité du vide. 232.

Aquellos a quienes llamamos antiguos eran verdaderamente nuevos en todas las cosas y formaban propiamente la infancia de los hombres; y como nosotros hemos unido a sus conocimientos la experiencia de los siglos que les han seguido, es en nosotros donde se puede encontrar esa antigüedad que honramos en ellos.¹⁵

Los antiguos, prosigue Pascal deben “ser admirados en las consecuencias que han deducido de los pocos principios que tenían, y deben ser disculpados en aquellas en que les ha faltado más bien la suerte de la experiencia que la fuerza del razonamiento”.¹⁶

Luego de reseñar la posición de Pascal en lo que respecta a la tradición, pasaremos a formularnos una serie de interrogantes que consideramos de vital importancia para explicitar algunas afirmaciones pascalianas.

Pascal sostiene, como parece desprenderse de sus afirmaciones, la existencia de dos tradiciones: una que es propia del conocimiento científico y otra que es propia de los conocimientos fundados en la autoridad, fundamentalmente la teología. La tradición científica es esencialmente **dinámica**; la tradición teológica es, por el contrario, esencialmente **estática**. La libertad del hombre puede ejercerse dentro del dominio de la primera ya que en la segunda no hay margen de maniobra para la misma. Toda novedad debe ser rechazada en el ámbito de la teología; no así en el de la ciencia cuya ley es, precisamente, de tener siempre a alcanzar conocimientos nuevos.

Ahora bien, ambas tradiciones se nutren de la verdad. Tanto la teología como la ciencia cultivan la verdad. Sin embargo, pareciera que los caracteres de la verdad no serían idénticos en lo que respecta a la verdad en teología y a la verdad en la ciencia.

Resulta a toda luces claro que uno de los atributos de la verdad es la inmutabilidad. En la Carta Provincial duodécima nos dice que la verdad “no cambiará jamás”¹⁷. Pero entonces, si la verdad no puede mutar, ¿cómo resulta posible conciliar esta noción de verdad con la verdad científica?, ¿no ha señalado, el mismo Pascal, que la verdad está sometida, en la tradición científica, a la ley del progreso?

Pascal salvaría esta objeción diciéndonos que la ciencia progresa, cambia, no en virtud de su objeto de conocimiento que es inmutable (la naturaleza) sino

¹⁵ Idem.

¹⁶ Idem.

¹⁷ Ibid. Douzième lettre écrite par l’auteur des lettres au provincial aux révérends pères jésuites. 426.

atendiendo al crecimiento del conocimiento. Si bien la naturaleza es la misma, nos ha señalado Pascal, **no es siempre igualmente conocida**. De manera tal que podríamos afirmar que, si bien la verdad es inmutable, no lo es la aprehensión de la misma por parte del hombre, aprehensión ésta, en la que se registra siempre un crecimiento. Pero, cabe preguntarse, ¿por qué no se registraría la misma situación en lo que respecta a la tradición teológica? ¿No puede existir, acaso, un crecimiento en la comprensión, por parte del hombre, de la Verdad revelada sin alterar el contenido objetivo de la misma? Pascal no admite esta posición ya que pareciera que en su concepción todo crecimiento en la comprensión de la Verdad revelada equivale a una adulteración de la misma. Toda novedad, en materia teológica, aún cuando lo sea para el sujeto de comprensión del depósito revelado, es sinónimo de ruptura con la tradición cristiana.

La tradición cristiana, es para Pascal, prácticamente una con la enseñanza de los Padres de la Iglesia. Y toda la acusación contra el pensamiento jesuita, y así lo expresa explícitamente en la Sexta Carta Provincial¹⁸, se funda, precisamente, en que el pensamiento de estos últimos no abreva en los escritos de los Padres de la Iglesia. De allí que, para Pascal, la teología de su tiempo sea cultivada a espaldas de la tradición.

De todo lo dicho puede colegirse la existencia de dos tradiciones en el pensamiento pascaliano: la de la teología y la de la ciencia. La primera es totalmente estática, inamovible, pétreo. La segunda es esencialmente dinámica, creativa, compatible, de modo absoluto, con la libertad humana.

La concepción pascaliana ha dado lugar, en consecuencia, a aquella posición que se mantiene viva por lo menos desde el Iluminismo hasta nuestros días y que sostiene que tradición es sinónimo de inmovilismo, de estancamiento. Y que el hombre que decide aceptarla se somete a renunciar a la libertad por cuanto, frente a la misma, no le queda otra actitud que la de la sumisión ciega. Su tarea consiste, simplemente, en repetir la enseñanza de la tradición. Y, si la modernidad se ha caracterizado por dar al tema de la libertad del hombre un lugar central tanto en la reflexión como en la praxis humana, en consecuencia la tradición, concebida al modo pascaliano, no puede establecer sino una dialéctica *aut-aut* con la modernidad. En efecto, resulta imposible conciliar una conciencia de la libertad y del progreso típicamente moderno, con una concepción totalmente inmóvil de la tradición. Tradición y modernidad serán presentadas, en consecuencia, como dos términos absolutamente incompatibles.

¹⁸ Ibid. Sixième lettre écrite a un provincial. 396.

Precisamente ha sido esta identificación de lo moderno con lo nuevo y con la libertad del hombre, en detrimento de una tradición sustentada por la Iglesia Católica y caracterizada por el inmovilismo y la negación de la libertad, la hipótesis interpretativa del pensamiento secularista, por denominarlo de alguna manera. La historiografía moderna ha considerado a esta aserción como un dogma de fe y ha sostenido, como lo ha hecho, por ejemplo, Benedetto Croce, la existencia de dos religiones: la religión de la libertad y la religión de la Iglesia Católica. La primera tiene como ideal la libertad y la realización de la misma en la historia; la segunda es esencialmente autoritaria. Refiere Croce¹⁹ que para la religión de la libertad el fin de la vida se encuentra en la vida misma, teniendo como deber el acrecentamiento y elevación de la misma, siendo su método la libre iniciativa e invención individual. En cambio, el catolicismo establece como fin del hombre una vida ultramundana, frente a la cual la mundana es simple preparación, y que se alcanza mediante de aquello que un Dios que está en los cielos, por medio de su vicario en la tierra y de la Iglesia, manda creer y hacer.

Ahora bien, esta visión de la modernidad formulada desde una relación dialéctica opositiva respecto de una falsa idea de tradición y, por lo tanto, en relación a una imagen de una Iglesia Católica falsificada, ha sido asumida no sólo por el pensamiento secularista sino también por el pensamiento que podríamos denominar reaccionario, alimentándose, uno y otro, del mismo error que de inmediato consignaremos. Augusto Del Noce describe la estructura del pensamiento del reaccionario en estos términos:

... el reaccionario está totalmente insatisfecho (frente a la realidad presente) y la ve como decadente respecto de una realidad histórica pasada. Quiere, por eso, volver atrás en el tiempo, a un momento en el cual los gérmenes de esta decadencia y disolución no existían, o mejor dicho, eran difícilmente perceptibles. Al pensamiento reaccionario pertenece, pues, el momento de la forma arqueológica de la utopía, destinada 'siempre' a ceder respecto a una forma utopística revolucionaria. Así, en el marxismo encontramos todos los temas del pensamiento reaccionario y contrarrevolucionario de la primera mitad del siglo XIX, aunque trasvaluados por una tensión hacia el advenir.²⁰

¿Dónde reside el error en esta posición? ¿Cuál es el punto de encuentro con el de la posición secularista?

¹⁹ Croce, B. (2007). *Storia d'Europa nel secolo decimono*. Milano: Adelphi Edizioni, 3ª edizione, 31-32.

²⁰ Del Noce, A. (1972) *Rivoluzione, Risorgimento, Tradizione*. En *L'Europa*, VI, núm. 17. En (1993) *Rivoluzione Risorgimento Tradizione. Scritti su "l'Europa" (e altri, anche inediti)*. Milano: Giuffrè Editore, 434-435.

El error surge, a nuestro juicio, en identificar la Verdad eterna con determinado tiempo; en definitiva, una absoluta temporalización de la Verdad. Este error es compartido, también, por la aquellos que se autotitulan **progresistas**, para los cuales el ser y el tiempo son términos intercambiables. Del Noce refiere, cuál es, a su juicio, el error del pensamiento reaccionario en estos términos:

El error del pensamiento reaccionario reside en confundir la afirmación de los principios suprahistóricos con la imagen de una realidad histórica realizada, de tal manera que es inducido a pensar que la eternidad de los principios excluye la 'novedad de los problemas'; problemas que deben ser resueltos en relación a aquellos principios, pero luego de que hayan sido reconocidos en su 'novedad'; de lo contrario, se corre el riesgo mortal de pensar como históricos a los principios mismos.²¹

La posición descripta, heredera de una concepción inmovilista de la tradición al modo de Pascal, conduciría, indefectiblemente, al rechazo total de la denominada modernidad, la cual sería entendida como el camino hacia la catástrofe de la humanidad, por un lado, y por el otro, a la configuración de una civilización que, privilegiando la libertad, se oponía a toda forma de objetividad. La libertad, para esta concepción, y la misma posición reaccionaria se lo confirmaba, equivalía a la supresión de toda novedad, de todo crecimiento, de toda intervención personal en la búsqueda de la verdad. La dialéctica opositiva nuevo-viejo desplazaría, en consecuencia, a aquella otra dialéctica, de cuño propiamente cristiano, que es la de verdad-error. Tanto los progresistas como los reaccionarios asumen la primera dialéctica, esencialmente opositiva, en detrimento de la segunda, esencialmente integrativa.

El auténtico sentido de la tradición sólo puede ser aprehendido desde una filosofía del ser y no del devenir, es decir, desde una filosofía que, fundada en la existencia de verdades eternas y metahistóricas, reconoce que no existe tiempo alguno en que el pleno sentido de la mismas pueda ser aprehendido. Y ello por dos razones: por la finitud del hombre y por la existencia del pecado original que las puede oscurecer, olvidar o, simplemente, desconocer. La tradición, vista desde esta filosofía, no es inmóvil sino dinámica. Claro está que este dinamismo no equivale a un eterno devenir, sino que el dinamismo se instaura en el sujeto histórico que recibe esas verdades eternas y al cual le corresponde desentrañar el sentido de las mismas. Este sujeto, finito y mediado por el pecado original, no está en condiciones de agotar el sentido de aquellas aunque sí es capaz de descubrir

²¹ Ibid., 435.

algún sentido. De allí que toda verdad descubierta por el hombre, en cada tiempo histórico, es, en cuanto verdad, eterna e inmutable. Pero ello no quita que cada tiempo histórico deba ensayar un gran esfuerzo para mantener las verdades ya descubiertas y, simultáneamente, el de descubrir otras. La tradición, por eso, es dinámica, por cuanto supone tanto el acto de transmitir lo descubierto como la transmisión de aquella conciencia de lo no descubierto en virtud del exceso de plenitud de aquello que se busca. Lo nuevo encontrado, claro está, se encontraría en una relación de continuidad con lo ya descubierto, estableciéndose una evolución, pero evolución homogénea, tal como lo señalara el destacado teólogo católico Marin Solá. De modo tal que cada hombre, cada tiempo histórico, es capaz de lo nuevo, de lo nuevo para un hombre que, mientras peregrine por este mundo, será un permanente buscador, un auténtico filósofo.

Pareciera que Pascal, en perfecta sintonía con el pensamiento cristiano al afirmar, en sus *Pensamientos* que “La naturaleza del hombre no consiste en avanzar siempre...”, ya que tiene “... sus ideas y sus retrocesos”²², no advierte que ello no es óbice para afirmar un progreso en la comprensión de la Verdad revelada, progreso, éste, que también depende de la libertad del hombre. Precisamente la metahistoricidad de lo verdadero convierte en una imposibilidad que un hombre o una determinada época histórica fijen y agoten, de modo definitivo, el sentido del mismo. Esto no equivale a subjetivismo, sino que, como señala Del Noce, “... es la misma idéntica verdad que, en razón de su trascendencia, es alcanzada a través de una ascesis de la conciencia que tiene necesariamente un carácter histórico: de una ‘perspectiva personal’ ”.²³

“... es la misma idéntica verdad que, en razón de su trascendencia, es alcanzada a través de una ascesis de la conciencia que tiene necesariamente un carácter histórico: de una ‘perspectiva personal’ ”.²⁴

La afirmación de la libertad es perfectamente compatible con la idea de tradición la cual, sólo puede mantenerse, desde una filosofía del ser que afirme la metahistoricidad de la verdad. Hablar de espíritu tradicional equivale a sostener la primacía del ser, la primacía de lo inmutable, la primacía de la intuición intelectual. Una cultura que pierda la dimensión metafísica perderá, simultáneamente, la tradición y, con ello, a sí misma. La razón crítica, auto-referente, que tiene como sucedánea la idea de revolución y no precisamente de tradición, ha conducido a la humanidad a la entronización de una razón

²² Pascal, B. op. cit., 27-354, 503.

²³ Del Noce, A. op. cit., 521.

²⁴ Del Noce, A. op. cit., 521.

puramente instrumental. El ser del mundo, visto desde esta óptica, es reducido a instrumento; lo que equivale a afirmar el máximo grado de tiranía.

En este mundo de la razón instrumental, como lo señala Max Horkheimer²⁵, habrá desaparecido aquello que el hombre denominó alguna vez con la palabra sentido. Ciertamente que se registrará una gran actividad, añade el fundador de la Escuela de Frankfurt, pero privada de todo sentido y, por eso, invadida por una inmensa tristeza. Lo que importará al hombre en el mundo alumbrado por la razón antimetafísica no será la satisfacción aportada por la verdad, sino en la operación misma, en el procedimiento eficaz²⁶. La vida biológica y todo aquello que la asegure y la enaltezca, serán las únicas preocupaciones de la nueva civilización.

Esta realidad que nos toca vivir, nos exige preguntarnos, más allá del camino seguido por una línea del pensamiento moderno fundada en una apuesta negadora de lo sobrenatural y de toda dimensión metafísica, qué responsabilidad tiene el mismo pensamiento metafísico en su posición respecto de las exigencias modernas de progreso y de libertad. Ciertamente que Pascal, con su idea de tradición, ha establecido un iato infranqueable entre autoridad y libertad, entre verdad y subjetividad, entre tradición y progreso.

Bibliografía

Croce, B. (2007). *Storia d'Europa nel secolo decimonono*. Milano: Adelphi Edizioni, 3ª edizione.

Del Noce, A. (1972). Rivoluzione, Risorgimento, Tradizione. *L'Europa*, VI, núm. 17. En (1993) *Rivoluzione Risorgimento Tradizione. Scritti su "l'Europa" (e altri, anche inediti)*. Milano: Giuffrè Editore 427-443.

Horkheimer, M. (2001). *La nostalgia del totalmente Altro*. Brescia: Queriniana, 5ª edizione.

Horkheimer, A. y Adorno, T.W. (1969). *Dialéctica del iluminismo*. Buenos Aires: Sur.

Pascal, B. (1963). *Oeuvres complètes*. Préface d'Henri Gouhier. Présentation et notes de Louis Lafuma. Paris: Éditions du Seuil.

²⁵ Cf. Horkheimer, M. (2001). *La nostalgia del totalmente Altro*. Brescia: Queriniana, 5ª edizione, 103.

²⁶ Cf. Horkheimer, A. y Adorno, T.W. (1969). *Dialéctica del iluminismo*. Buenos Aires: Sur, 17.